

Fue en 1951. Un conocido que manejaba la contabilidad en una pequeña editorial me preguntó si no lo quería reemplazar durante dos años porque partía becado a Europa. Le envidié el destino. Beca es sinónimo de no-trabajo y yo, que de teneduría de libros no entendía nada pero sí de andar sin empleo, no dudé un instante en aceptar su proposición. Audacia de hambriento la mía. Durante ocho meses administré el dinero de la casa editora. El directorio, aún no sé por qué, confiaba en mí. Sólo el nombramiento de un nuevo tesorero podía conmoverme. El *nuevo* se sentía obligado a saber en qué condiciones se desarrollaban las operaciones contables. Llegaba con gran ánimo y pretendía revisar operación por operación. Leía: Depositado el día 22, m\$n 1.834,50, pero no le bastaba con eso y agregaba: «¿Dónde está la boleta de depósito?». Comenzábamos a vaciar cajones, a abrir biblioratos, a desocupar estantes, y dos horas después, cansados, sudorosos, la encontrábamos. El tesorero tildaba, inicialaba, tildaba nuevamente y proseguía: Por gastos de representación cobrador: m\$n 173. Tampoco le bastaba: «¿Dónde está el recibo firmado?». Volvíamos a vaciar cajones y después de las dos horas aparecía el recibo. El tesorero inicialaba, tildaba, escupía, se secaba el sudor de la frente y pocas líneas bastaban para que el día llegase a su término. En tres jornadas iguales decidía dar por terminada su labor y con un hasta mañana desaparecía para siempre. En la primera reunión de directorio informaba que los libros no arrojaban irregularidades con respecto a manejo de fondos,

pero sí era obvio un cierto descuido en cuanto al orden de archivaje. Me hacían llegar una reconvención llena de medida y el susto pasaba.

En esa editorial tuve mi primer contacto directo con escritores y críticos. Visité por primera vez una imprenta. Vi trabajar la linotipo, imprimir los pliegos, y para siempre incorporé el olor a tinta, a engrudo, a papel.

Conocí los tipos, los clichés, la encuadernación, los formatos, y luego el precio, la venta, la distribución, la cobranza. Conocí el libro desde el cerebro del escritor (*mundo, mundo, vasto mundo*) hasta la mano del lector. Vi los originales que se amontonaban caóticamente a la espera de la edición que no llegaba. Vi las pilas de libros invendibles, las cuentas incobrables, los documentos que volvían sin haber sido levantados y escuché los pretextos renovados de los libreros. La editorial estaba siempre al borde de la quiebra, los costos aumentaban y nosotros pedíamos aumento de sueldo.

Un anciano cobrador judío, de anchos bigotes y sonrisa constante bajo el bigote, me preguntó:

—Dígame: ¿a usted le gusta la *musique*? Pero, ¿sabe cuál? *Di classique musique*: didl-didl-didl.

Y mientras tarareaba le brillaban los ojitos y con el pulgar de la mano derecha hacía olitas.

Una poeta me consultó:

—¿A usted le brota? A mí me brota.

Pero el ser más notable de la editorial era el crítico literario. Yo admiraba su ojo felino. Ahora está de pie con una poeta al frente —quizás aquella misma a quien le brotaba— hojeando un original que ella acaba de lanzarle. La poeta tiembla. Teme la zarpa. El crítico hojea lentamente. Pregunta casi sin darse cuenta.

—¿Qué es esto?

La poeta traga saliva.

—Versos —dice.

—¿Ajá? —responde él indiferente.

Y le lee un soneto. Un propio soneto de ella.

—¿Qué quiso decir con esto? —le pregunta.

La poeta, con una pequeña voz de ultratumba, ensaya un preocupado titubeo, trata de explicar, se pierde en meandros oscuros tratando de coincidir beatíficamente con el deseo de su juez.

—Bueno —la interrumpe él—, si eso es lo que quiso decir, ¿por qué no lo dijo? —Y ya dándose vuelta, le devuelve el original a la pobre, brotada, tristísima poeta.

Los días más felices eran aquellos en los que el cadete faltaba. Entonces me ofrecía a llevar los clichés a las imprentas, las galeradas a los correctores, los depósitos al banco. De lo que se trataba era de salir, de abandonar el encierro, de tomar un colectivo que me pasara como al sha de Persia en una larga excursión por el Buenos Aires diurno. Sobre todo porque las imprentas quedaban siempre en el Gran Buenos Aires y yo demostraba una vez más mi buena voluntad de trabajo ya que no dudaba en hacer de cadete. Allí aprendí a mirar el libro como mercancía, como objeto para la venta. Fue mi primer contacto.

Y cuando ya estaba harto de la contabilidad, tuve la mala suerte de que al fin me aumentaran el sueldo. Alegué que debían haberme aumentado antes. Si me aumentaban ahora, razonaba, ahora que lo pedí, es que me lo merezco desde hace tiempo. Si me lo deben desde hace meses, quiere decir que me están robando desde entonces. ¿Cómo puedo yo seguir trabajando con ladrones? Este argumento lo expuse en una reunión donde había concurrido a dar mi informe mensual de Caja. Se encolerizaron. Y así fue como nuevamente marché al encuentro de la libertad, libertad querida. Nadie entendería mi contabilidad. Guardo, sin embargo, muy buenos recuerdos. Siempre que el día fuera tibio y el aire suave, comunicaba mis ataques de hígado por teléfono. Nunca dudaron de mí. Tenía la virtud —importante para un futuro librero— de inspirar confianza. Cuando recuerdo esos años, entiendo las enfermedades de mis actuales empleados. Sin embargo, desde que entré a trabajar en mi primera librería jamás he vuelto a enfermarme. Por lo que deduzco que la librería es el más sano de los negocios.